

UN DÍA FELIZ DE 2381

Robert Silverberg

El autor de este relato es uno de los más fecundos escritores de ciencia ficción —sus recientes nove/as son Thorns y Hawksbill Station —, ex presidente de los Escritores de Ciencia Ficción de América, especialista en temas históricos y arqueológicos, Mound Builders of Ancient America: The Archeology of a Myth, y, a veces, trotamundos. Es también un estudioso de las cuestiones sociales, como lo demuestra esta narración, que nos acerca a las alegrías sin inhibiciones de un mundo feliz, fecundo, abarrotado y superpoblado

Estamos ante un feliz día del año 2381. El sol de la mañana alcanza ya los últimos cincuenta pisos de la Mónada Urbana 116. Dentro de poco toda la fachada oriental del edificio centelleará como el mar al amanecer. La ventana de Charles Mattern, activada por los primeros fotones de la aurora, pierde opacidad. El se despereza. Bendito sea Dios, piensa. Su mujer se despereza. Sus cuatro niños, que llevan horas levantados, pueden ahora empezar oficialmente el día. Se levantan y desfilan por el dormitorio, cantando:

*¡Dios bendiga, Dios Bendiga, Dios bendiga!
¡Dios bendiga a cada uno de nosotros!
¡Dios bendiga a Papá, Dios bendiga a Mamá, Dios
nos bendiga a ti y a mí!»
¡Dios nos bendiga a todos, a los bajos y a los altos,
y nos dé fecundidad!*

Echan a correr hacia la plataforma de dormir de sus padres. Mattern se levanta y los abraza. Indra tiene ocho años; Sandor, siete; Marx, cinco; Cleo, tres. La vergüenza secreta de Charles Mattern es que su familia sea tan escasa. ¿Puede sinceramente decirse que un hombre con sólo cuatro hijos tenga auténtico respeto a la vida? Pero el vientre de Principessa ya no florece. Los médicos han dicho que no volverá a concebir. A los veintisiete años es estéril. Mattern está pensando en tomar una segunda esposa. Siente nostalgia de los llantos de un bebé; en cualquier caso, uno tiene que cumplir sus deberes para con Dios.

—Papá —dice Sandor—, Siegmund está aquí. Vino en mitad de la noche a estar con mamá.

El niño señala. Mattern ve. Al lado de Principessa, en la plataforma de dormir, hecho un ovillo contra el pedal de inflación, yace Siegmund Kluver, de catorce años, que entró en casa de los Mattern varias horas después de la medianoche para ejercer sus derechos de aproximación. A Siegmund le gustan las mujeres mayores que él. Ahora está roncando; ha tenido una noche movida. Mattern lo toca:

—¿Siegmund? Siegmund, ya es de día —el chico abre los ojos. Sonríe a Mattern, se sienta, coge su bata. Es guapo. Vive en el piso 787, y ya tiene un niño, y otro en camino.

—Perdone —dice—. Me quedé dormido. Es que Principessa me deja seco, de veras. ¡Menuda fiera!

—Sí, es muy apasionada —asiente Mattern. También lo es la esposa de Siegmund, según ha oído decir. Tiene la intención de probarla, cuando sea un poco mayor. Tal vez la próxima primavera.

Siegmund mete la cabeza bajo el limpiador molecular. Entretanto, Principessa se ha levantado. Acciona el pedal y la plataforma se deshincha rápidamente. Empieza a programar el desayuno. Indra enciende la pantalla. La pared estalla en un florecimiento de luz y color. «Buenos días —dice la pantalla—. La temperatura exterior, si a alguien le interesa, es de veintiocho grados. La cifra de población de hoy en la Urbmon 116 es de 881.115, que nos da un aumento de 102 desde ayer y de 14.187 desde primeros de año. ¡Bendito sea Dios, pero hay que reconocer que el ritmo baja! Nuestros vecinos de la Urbmon 117 se han incrementado desde ayer en 117, incluyendo los cuatrillizos que ha tenido Mrs. Hula Jabotinsky. Tiene dieciocho años y ya tenía siete niños más. Una auténtica sierva de Dios. Son las 06.20 de la mañana. Dentro de exactamente cuarenta minutos, la Urbmon 116 se honrará con la presencia de Nicanor Gortman, el sociocomputador que ha venido de Infierno en visita, y que puede reconocerse por su vestimenta de exterior en colores carmesí y ultravioleta. El doctor Gortman será huésped de los Mattern, del piso 799. Naturalmente, será tratado con la misma amistosa bienaventuranza que tenemos los unos con los otros. ¡Dios Bendiga a Nicanor Gortman! Pasamos ahora a las noticias de las plantas inferiores de la Urbmon 116...»

—¿Oís, niños? —dice Principessa—. Tenemos un invitado y debemos ser dignos de bienaventuranza con él. Venid a comer.

Una vez que se hubo limpiado, vestido y comido, Charles Mattern va a la plataforma de aterrizaje del piso mil, a esperar a Nicanor Gortman. Mattern pasa por los pisos en los que viven sus hermanos con sus respectivas familias. Tres hermanos y tres hermanas, cuatro más jóvenes y tres mayores que él. Un hermano murió desagradablemente, de joven: Jef-frey. Mattern piensa pocas veces en Jeffrey. Sigue subiendo hasta lo alto del edificio. Gortman ha estado de visita por los trópicos, y ahora va a visitar una típica mónada urbana de la zona templada. Mattern se siente honrado por haber sido nombrado anfitrión oficial. Sale a la plataforma, que está en la misma cúspide de la Urbmon 116. Un campo energético le protege de los violentos vientos que azotan la elevada torre. Mira a la izquierda y ve la cara occidental de la Mónada Urbana 115, todavía en sombra. A su derecha centellean las ventanas de las fachadas este de la Urbmon 117. «Dios bendiga a Mrs. Hula Jabotinsky y a sus once pequeños», piensa Mattern. Puede ver otras mónadas en fila, que se extienden hacia el horizonte, torres de hormigón ultratensado de tres kilómetros de alto, alzándose tan gráciles, tan esbeltas. Es una vista que siempre le emociona. «Bendito sea Dios —piensa—; bendito sea Dios, bendito sea Dios, bendito sea Dios.»

Oye un alegre zumbido de motores. Una nave rápida está aterrizando. De ella sale un hombre alto y fuerte vestido de fuertes colores. Debe ser el socio-computador de Infierno.

—¿Nicanor Gortman? —pregunta Mattern.

—Alabado sea Dios. ¿Charles Mattern?

—Dios sea alabado. Sí. Venga.

Infierno es una de las once ciudades del planeta Venus, que ha sido reacondicionado por el hombre para su conveniencia. Gortman no ha estado nunca antes en la Tierra. Tiene una manera de hablar lenta, inexpresiva, sin tono cantarín alguno; la entonación recuerda a Mattern el acento de la Urbmon 84, que Mattern visitó una vez en un viaje de inspección. Ha leído los trabajos de Gortman: materia sólida, seria, rigurosamente razonada.

—Me ha gustado especialmente su *Dinámica de la Ética de la Caza* —le dice Mattern mientras bajan por el conducto de descenso—. Extraordinaria. Una auténtica revelación.

—¿Lo dice en serio? —pregunta halagado Gortman.

—Por supuesto. Trato de mantenerme al día con muchos diarios venusianos. Resulta tan fantásticamente exótico leer sobre la caza de animales salvajes...

—¿No los hay en la Tierra?

—No, ¡bendito sea Dios! —contesta Mattern—. ¡No podríamos consentir una cosa así! Pero me encanta leer cosas sobre un modo de vida tan distinto como es el de ustedes.

—Para ustedes será como una literatura de evasión, ¿no? —preguntó Gortman.

Mattern le mira desconcertado, y dice:

—No entiendo. ¿Qué es eso?

—Lo que leen para hacerse más llevadera la vida en la Tierra.

—Ah, no. No. La vida en la Tierra, permítame que se lo asegure, es muy llevadera. Esto lo leo para *divertirme*. Y también para conseguir un paralaje que es necesario para mi trabajo, ¿entiende? —han llegado a la planta 799—. Antes de nada, permítame que le enseñe mi casa —sale del conducto de bajada y hace un gesto a Gortman para que se acerque—. Esto es Shanghai. Bueno; le llamamos así a este conjunto de cuarenta plantas, del setecientos sesenta y uno al ochocientos. Estoy en el penúltimo nivel de Shanghai, lo que me corresponde por mi estatus profesional. Tenemos en total veinticinco ciudades en la Urbmon 116. La de más abajo es Reykjavik, y la más alta, Louisville.

—¿Qué es lo que determina los nombres?

—El voto de los ciudadanos. Antes, Shanghai era Calcuta, que a mí personalmente me gustaba más, pero un grupito de descontentos de la planta 775 consiguieron torcer un referéndum en el año setenta y cinco.

—Pensé que no tenían descontentos en las mónadas urbanas —le responde Gortman. Mattern sonríe, y dice:

—No los hay, en la acepción corriente del término. Pero permitimos que existan ciertos conflictos. Los hombres no serían hombres sin conflictos, ni siquiera aquí.

Marchan ahora por el pasillo que va en dirección este, hacia la vivienda de Mattern. Son las 7.10, y de las viviendas sale una riada de niños, a grupos de tres y cuatro, corriendo hacia el colegio. Mattern les dice adiós con la mano. Van cantando y corriendo al mismo tiempo.

—En esta planta tenemos una media de seis con dos niños por familia —aclara Mattern—. Es una de las cifras más bajas del edificio, no tengo más remedio que admitirlo. Parece que la gente del estatus alto no cría bien. En Praga tienen una planta —creo que es la ciento diecisiete— donde la cifra es de nueve con nueve por familia. ¡Una maravilla!

—¿Sin ironía? —pregunta Gortman.

—¡En absoluto! —Mattern siente una oleada de irritación—. Queremos a los niños. Nos parece bueno engendrar. Usted ya tuvo que haberse dado cuenta, seguramente, antes de emprender esta visita...

—Sí, sí, claro —responde apresuradamente Gortman—. Conocía la dinámica cultural, en términos generales; pero pensé que quizá su actitud privada...

—¿... Iba contra las normas? No vaya a suponer, sólo porque yo sea un hombre de estudios, que rechazo de alguna forma mi matriz cultural.

—Perdone mi presunción. Y, por favor, no crea que no estoy de acuerdo con su matriz, aunque su mundo me es totalmente extraño. Bendito sea Dios; no nos peleemos, Charles.

—Dios sea bendito, Nicanor; no querría parecer susceptible.

Los dos sonríen. Mattern está consternado por su estallido.

—¿Cuál es la población del piso setecientos noventa y nueve? —pregunta Gortman.
—Ochocientos cinco personas es la última cifra que tengo.
—¿Y la de Shanghai?
—Unas treinta y tres mil.
—¿Y la de la Urbmon ciento dieciséis?
—Ochocientos ochenta y uno mil.
—Y, ¿hay cincuenta mónadas urbanas en esta constelación de casas?
—Sí.
—Que vienen a ser unos cuarenta millones de personas —aclara Gortman—. Algo más que el total de la población humana de Venus. ¡Asombroso!
—¡Y eso que ésta no es la constelación más grande, en absoluto! —la voz de Mattern vibra de orgullo—. Sansan es mayor, y también Boswash. Y hay varias en Europa todavía mayores: Berpar, Vienbud, y creo que otras dos más. ¡Y se están proyectando más todavía!
—Una población total de...
—¡... Setenta y cinco mil millones! —le interrumpió Mattern—. ¡Alabado sea Dios! ¡Nunca hubo nada igual! ¡Nadie pasa hambre! ¡Todo el mundo está contento! ¡Hay grandes espacios abiertos! ¡Dios ha sido bueno con nosotros, Nicanor! —se detiene ante una puerta con el número setenta y nueve mil novecientos quince—. Esta es mi casa. Todo lo que tengo está a su disposición, querido huésped —entran.
La vivienda de Mattern está muy bien. Tiene casi noventa metros cuadrados. La plataforma de dormir se deshinchaba, y las cunas de los niños se pliegan; los muebles pueden recogerse fácilmente para proporcionar espacio para los juegos. De hecho, la mayor parte de la habitación está vacía. La pantalla y el terminal de datos ocupan en la pared unas áreas bidimensionales, que en otros tiempos estaban ocupadas por los televisores, estanterías, escritorios, ficheros y otros armatostes. Es un ambiente despejado y espacioso, especialmente para una familia de sólo seis personas.
Los niños aún no se han marchado al colegio; Principessa les ha hecho quedar para saludar al invitado, y están inquietos. Al entrar Mattern, Sandor e Indra se pelean por uno de sus juguetes favoritos: un excitador de sueños. Mattern se queda atónito. ¿Conflicto en el hogar? Luchan en silencio, para que su madre no se dé cuenta. Sandor machaca con sus zapatos las espinillas de su hermana. Indra, contraída de dolor, da zarpazos en la mejilla de su hermano.
—¡Bendiga Dios! —dice Mattern enfadado—. Aquí hay alguien que quiere ir por la tolva de la basura, ¿eh?
Los niños se sobresaltan. El juguete cae al suelo. Todo el mundo se pone firmes. Principessa levanta la vista, apartándose de los ojos un mechón de pelo oscuro: ha estado pendiente del más pequeño de los niños, y ni siquiera les ha oído entrar.
—A esterilizar el conflicto —ordena Mattern—. Pedid perdón.
Indra y Sandor se besan y sonrían. Mansamente, Indra recoge el juguete y se lo da a Mattern, que lo entrega a Marx, el más pequeño de los hijos varones. Todos se quedan mirando al invitado. Mattern le dice:
—Todo lo mío es suyo, amigo —hace las presentaciones. Esposa, hijos. La escena de conflicto le ha dejado un poco nervioso, pero se tranquiliza cuando Gortman saca cuatro cajitas y las distribuye a los niños. Juguetes. Un gesto bienaventurado —Mattern señala la plataforma de dormir deshinchada—: Dormimos aquí. Hay espacio suficiente para tres. Nos lavamos aquí, en el limpiador. ¿Le gusta estar aislado para eliminar detritos?
—Sí, por favor.
—Pues entonces apriete este botón del protector de intimidad. En esto excretamos. Aquí la orina, aquí las heces. Todo esto lo reprocesan, ¿comprende? En las urbmons somos gente ahorradora.

—Claro, claro —dice Gortman.

—¿Preferiría que nosotros usásemos el protector cuando excretamos? — pregunta Principessa—. Tengo entendido que alguna gente de fuera lo hace.

—No quiero imponerles mis costumbres —le responde Gortman.

—Nosotros somos una civilización que ha superado la intimidad, claro —aclara Mattern, sonriendo—; pero no nos causa ninguna molestia apretar el botón si... —se queda cortado—. No habrá en Venus ningún tabú sobre la desnudez total, ¿no? Lo digo, porque como sólo tenemos esta habitación, y...

—Soy adaptable —insiste Gortman—. Un socio-computador veterano debe ser un relativista cultural, por supuesto.

—Claro —asiente Mattern, y ríe nerviosamente.

Principessa se disculpa y se va a mandar a los niños, que todavía están agarrados a sus juguetes, al colegio.

—Perdóneme por insistir en estas pequeñeces —dice Mattern—, pero debo recordarle sus derechos sexuales. Los tres compartiremos una plataforma. Mi mujer está a su disposición, y yo también. La regla principal de una sociedad como la nuestra es evitar la frustración, ¿comprende? ¿Conoce nuestra costumbre de trasnochar?

—Pues, yo...

—En la Urbmon ciento dieciséis no se cierran las puertas. No tenemos ninguno bienes personales dignos de mención, y estamos socialmente adaptados. Por la noche es correcto entrar en otras viviendas. Así, cambiamos de pareja todo el tiempo; lo más corriente es que sean las mujeres las que quedan en casa y los maridos los que salen, pero no necesariamente. Cada uno de nosotros tiene acceso, a cualquier hora, a cualquier otro miembro adulto de la comunidad.

—¡Qué curioso! —dice Mattern—. Pensé que en una sociedad donde hay tanta gente se desarrollaría un respeto exagerado a la intimidad, en vez de una libertad comunal.

—Al principio teníamos muchos principios a favor de la intimidad; pero, gracias a Dios, los hemos ido dejando perder. Nuestra meta debe ser evitar la frustración, si no surgen tensiones insoportables. Y el deseo de intimidad es una frustración.

—De modo que se puede entrar en cualquier habitación de todo este edificio gigante, y dormir con...

—En todo el edificio, no —le interrumpió Mattern—. Sólo en Shanghai. No está bien visto trasnochar fuera de la propia ciudad —suelta una risita irónica—. También nos imponemos algunas pequeñas restricciones a nosotros mismos, para que nuestras libertades no se quemem.

Gortman mira a Principessa. Está vestida con un ceñidor y una copa metálica sobre el pecho izquierdo. Es esbelta, pero de formas voluptuosas, y aunque ya no puede tener hijos, no ha perdido el aura sensual de la joven hembra. Mattern, a pesar de todo, está orgulloso de ella.

—¿Empezamos la visita al edificio? —dice Mattern.

Los dos salen. Gortman se inclina graciosamente ante Principessa al marcharse. En el pasillo, observa:

—Veo que su familia es menos numerosa de lo normal.

Resultaba una observación cruelmente grosera, pero Mattern es indulgente con la indiscreción de su huésped, y replica apaciblemente:

—Hubiéramos querido tener más hijos, pero nos vimos obligados a interrumpir la fecundidad de mi mujer con una operación quirúrgica. Fue una gran tragedia para nosotros.

—¿Siempre han apreciado aquí las familias numerosas?

—Lo que apreciamos es la vida. La más alta virtud es crear nuevas vidas. El pecado más negro, impedir que una vida nueva se logre.

Todos adoramos este mundo nuestro, tan grande y rebosante de gente. ¿Le parece a usted insoportable? ¿Le parecemos desgraciados?

—Me parecen asombrosamente bien equilibrados —dice Gortman—. Teniendo en cuenta que... —se calla.

—Continúe.

—Teniendo en cuenta que son tantos, y que se pasan la vida entera dentro de un solo edificio colosal. Nunca salen, ¿verdad?

—La mayoría, no —reconoce Mattern—. Yo he viajado, claro; un sociocomputador necesita evidentemente una perspectiva; pero Principessa nunca ha ido más abajo del piso trescientos cincuenta. ¿Por qué iba a ir a ninguna parte? El secreto de nuestra felicidad ha sido crear unas aldeas autosuficientes de cinco o seis plantas, dentro de las ciudades de cuarenta plantas, que están a su vez dentro de las urbmons de mil plantas. No tenemos la sensación de estar superpoblados ni apretados. Conocernos a nuestros vecinos; tenemos cientos de buenos amigos; somos amables, leales y dignos de bienaventuranza los unos con los otros.

—¿Y todo el mundo es feliz para siempre jamás?

—Casi todo el mundo.

—¿Quiénes son la excepción? —pregunta Gortman.

—Los «flippos» —responde Mattern—. Tratamos de reducir al mínimo los roces que se originan de vivir en este ambiente; como ha visto, nunca rechazamos una petición razonable, ni nos negamos nada entre nosotros; pero a veces hay gente que, de repente, se niega a seguir respetando nuestros principios. Se vuelven inquietos, descarrían a los demás, se rebelan. Es muy triste.

—¿Qué hacen con los flippos?

—Los eliminamos, por supuesto —responde Mattern. Sonríe, y vuelven a entrar en el conducto de descenso.

Mattern ha sido autorizado para enseñar a Gortman toda la urbmon, una visita que durará varios días. No las tiene todas consigo; no está tan familiarizado como debiera con algunas zonas de la estructura. Pero lo hará lo mejor que pueda.

—El edificio —dice— está hecho de hormigón ultratensado. Está construido en torno a un núcleo de servicio de doscientos metros cuadrados. El plan original era meter cincuenta familias por planta, pero ahora tenemos una media de ciento cincuenta, y los antiguos apartamentos han sido subdivididos en viviendas de una sola habitación. Tenemos una autonomía total, con nuestras propias escuelas, hospitales, campos de deporte, casas de oración y teatros.

—¿Cómo hacen con la comida?

—No producimos ningún alimento, por supuesto; pero tenemos contrato con las comunas agrícolas. Seguramente habrá observado que casi las nueve décimas partes de la tierra de este continente se usan para producir alimentos; y además hay granjas marinas. Hay comida abundante, ahora que ya no desperdiciamos espacio extendiéndonos horizontalmente sobre una buena tierra de labor.

—Pero ¿no están a merced de las comunas productoras de alimentos?

—¿Cuándo no estuvieron los habitantes de las ciudades a merced de los agricultores? —le pregunta Mattern—. Pero usted parece ver la vida en la Tierra como si fuera una lucha a dientes y uñas. Nosotros somos de importancia vital para ellos: su único mercado. También les proporcionamos servicios necesarios, como la reparación de sus máquinas. La ecología de nuestro planeta está perfectamente equilibrada. Podemos soportar a muchos billones más de gente. Algún día, si Dios nos bendice, lo haremos.

El ascensor, bajando a través del edificio, se desliza en su plataforma del fondo.

Mattern siente sobre sí la masa aplastante de toda la urbmon, y trata de no mostrar su malestar.

—Los cimientos —explica— del edificio tienen cuatrocientos metros de profundidad. Nos encontramos ahora en el sótano inferior. Aquí es donde se genera la energía.

Atraviesan una pasarela y se asoman a una inmensa sala, con una altura de cuarenta metros de piso a techo, en la que evolucionan suavemente unas turbinas.

—La mayor parte de nuestra energía —explica— se obtiene de la combustión de basura concentrada. Quemamos todo lo que no necesitamos y vendemos los restos como fertilizante. También tenemos unos generadores auxiliares que trabajan con el calor humano acumulado.

—Estaba precisamente pensando en eso —murmuró Gortman.

—Desde luego que ochocientos mil personas dentro de un solo recinto cerrado tienen que producir una cantidad de calor inmensa —comenta Mattern alegremente—. Algo de este calor se irradia directamente fuera del edificio por unos ventiladores que hay en la cara exterior de la fachada; otro baja por estos conductos y se usa para mover los generadores. En invierno, por supuesto, lo repartimos por todo el edificio para mantener la temperatura. El restante exceso de calor se usa para purificar el agua, y otras cosas parecidas.

Durante un rato, observan el sistema eléctrico. Entonces Mattern se encamina a la planta de reciclaje. Hay una visita de varios cientos de colegiales, y se les unen en silencio. La profesora está diciendo:

—Por aquí baja la orina, ¿veis? —y señala las gigantescas tuberías de plástico—. Pasa por las cámaras de destilación, y aquí le separan el agua pura. Seguidme, niños. ¿Recordáis, por el organigrama, cómo recuperamos los productos químicos y los vendemos a las comunas agrícolas...?

Mattern y su invitado inspeccionan también la planta de fertilizantes, donde se hace el reciclaje fecal. Gortman hace preguntas. Está profundamente interesado. Mattern está contento: para él no hay nada más importante que los detalles de la vida en la urbmon, y había temido que este extranjero de Venus, donde los hombres viven en casas particulares y andan al aire libre, encontrase esta vida repugnante o desagradable.

Siguen adelante. Mattern habla del aire acondicionado, del sistema de conductos de bajada y de subida, y de otros tópicos.

—¡Es asombroso! —dice Gortman—. No podía imaginarme cómo un solo planeta pequeño con setenta y cinco millones de habitantes podría siquiera sobrevivir; pero ustedes lo han convertido en..., en...

—¿Una utopía? —sugiere Mattern.

—Sí, eso es lo que quería decir —responde Gortman.

La producción de energía y la eliminación de detritos no son precisamente las especialidades de Mattern. Sabe cómo se hacen esas cosas, pero sólo porque le interesa mucho el funcionamiento de la urbmon. Su verdadero campo de estudio es el cómputo social, naturalmente, y le han pedido que enseñe al visitante cómo está organizada la estructura social del edificio gigante. Ahora suben a las plantas residenciales.

—Esto es Reykjavik —anuncia Mattern—, poblado principalmente por obreros del servicio de mantenimiento. Tratamos de no tener una estratificación social demasiado rígida, pero cada ciudad tiene de hecho sus clases superiores: ingenieros, hombres de letras, artistas. Mi Shanghai es predominantemente académico. Cada profesión es un clan.

Entran andando en el vestíbulo. Mattern se encuentra incómodo en esta planta, y sigue hablando para disimular su nerviosismo. Explica cómo cada ciudad de la urbmón se crea su propio dialecto, su manera de vestir, su folklore y sus héroes.

—¿Hay mucho contacto entre las distintas ciudades? —le pregunta Gortman.

—Tratamos de fomentarlo. Deportes, intercambio de estudiantes, veladas de interrelación.

—¿No sería mucho mejor si fomentasen el trasnochar entre ciudades?

—Preferimos limitarnos a nuestros grupos de promiscuidad para eso —le contesta Mattern, frunciendo el ceño—. Las relaciones sexuales pasajeras con gente de otras ciudades son propias de alguien con poca higiene espiritual.

—Ya.

Entran en una gran sala.

—Esto es un dormitorio de recién casados —le indica Mattern—. Los tenemos cada cinco o seis plantas. Cuando los adolescentes se juntan, se van de sus casas familiares y se mudan aquí. Después de que hayan tenido su primer hijo, se les asigna domicilio propio.

—Pero ¿dónde encuentran habitaciones para todos? Pienso que todas las habitaciones del edificio están ocupadas —le pregunta Gortman, confuso—, y no es posible que tengan tantas defunciones como nacimientos. Entonces... ¿cómo...?

—Las mujeres dejan plazas libres, por supuesto. Si su cónyuge muere y sus hijos son mayores, va a un dormitorio de ciudadanos mayores, dejando el sitio para que se establezca una nueva unidad familiar. Pero tiene usted razón en lo de que la mayoría de la gente joven no consigue habitación en el edificio, ya que se forma aproximadamente un dos por ciento de nuevas familias al año, y las defunciones son mucho menos frecuentes. Al irse construyendo nuevas urbmóns, se les envía el exceso de gente de los dormitorios de recién casados, por sorteo. Es duro amoldarse a que lo echen a uno, se quejan ellos; pero el ser el primer grupo de un nuevo edificio tiene sus compensaciones. Se adquiere estatus automáticamente. Así estamos continuamente rebosantes, mandando fuera a nuestros jóvenes, creando nuevas combinaciones de unidades sociales... Completamente fascinante, ¿eh? ¿Ha leído mi artículo *Metamorfosis estructural de la población de las urbmóns*?

—Lo conozco bien —le responde Gortman. Echa una mirada en torno al dormitorio. En una plataforma cercana, una docena de parejas están realizando el acto sexual—. ¡Qué jóvenes parecen!

—La pubertad llega temprano. Las chicas generalmente se casan a los doce años, y los chicos a los trece. Al año siguiente, el primer niño, con la bendición de Dios.

—¿Y nadie trata de controlar la fecundidad?

—¿Controlar la fecundidad?—Mattern se echa la mano a los genitales, asustado ante la inesperada obscenidad. Varias de las parejas que copulaban alzan la vista, sorprendidas. Alguien suelta una risita—. Por favor, no vuelva a usar esa frase. Sobre todo si hay niños delante. No... Ah..., pensamos en términos de control.

—Pero...

—Nuestra postura es que la vida es sagrada. Engendrar nueva vida es santo. Uno cumple su deber con Dios reproduciéndose —Mattern sonríe—. Ser humano es hacer frente a las dificultades con el ejercicio de la inteligencia, ¿no? Y uno de estos retos es la multiplicación de los habitantes en un mundo que ha visto la conquista de las enfermedades y la eliminación de la guerra. Supongo que podríamos limitar los nacimientos, pero ésta sería una solución barata, poco sana. En vez de eso, nos hemos enfrentado al reto de la superpoblación victoriosamente, ¿no le parece? Y así seguimos y seguimos, multiplicándonos gozosamente, creciendo a un ritmo de tres billones al año, y encontramos sitio para todos, y comida para todos. Mueren pocos y nacen muchos,

y el mundo se llena, y Dios es alabado, y la vida es rica y agradable, y, como ve, somos todos muy felices. Hemos superado la necesidad infantil de levantar muros entre un hombre y otro. ¿Para qué salir al exterior? ¿Para qué echar de menos los bosques y los desiertos? La Urbmon ciento dieciséis contiene suficientes universos para todos. Los avisos de los profetas de calamidades han resultado ser palabras huecas. ¿Podrá negarme que somos felices aquí? Venga conmigo. Ahora vamos a ver un colegio.

La escuela que Mattern ha elegido está en un distrito obrero de Praga, en la planta 108. Piensa que Gortman la encontrará particularmente interesante, ya que la gente de Praga tiene la media reproductora más elevada de la Mónada Urbana 116, y las familias de doce o quince hijos no son nada fuera de lo corriente. Al acercarse a la puerta, oyen las claras voces de falsete cantando la gloria de Dios. Mattern se une al canto: es un himno que también cantó cuando tenía su edad, soñando con la gran familia que tendría:

*Y planta la semilla sagrada
en el seno de Mamá,
y surge un brotecito...*

Hay una desagradable interrupción fuera de programa. Una mujer se lanza hacia Mattern y Gortman en el pasillo. Es joven, desaseada, vestida sólo con una delgada batilla gris; tiene el pelo suelto; se encuentra en avanzado estado de gestación.

—¡Socorro! —grita—. ¡Mi marido se ha vuelto flippo! —se arroja, temblando, en brazos de Gortman. El visitante parece aturdido.

Tras ella corre un hombre de poco más de veinte años, desencajado, con los ojos inyectados en sangre. Lleva un soplete encendido.

—Perra asquerosa... —murmura—. ¡Crios todo el tiempo! ¡Siete crios, y ahora el octavo, y me voy a volver loco!

Mattern está consternado. Tira de la mujer para soltarla de Gortman y empuja al visitante dentro del colegio.

—Dícales que hay un flippo aquí —dice—. Consiga ayuda, ¡rápido! Está furioso de que Gortman haya presenciado una escena tan representativa, y quiere apartarle.

La muchacha se agazapa, temblorosa, detrás de Mattern. Este, dice con voz tranquila:

—Seamos razonables, muchacho. Has pasado toda tu vida en urbmons, ¿no? Sabes que crear es sagrado. ¿Por qué rechazas de pronto los principios que...?

—¡Apártese, con mil demonios, o le quemo también a usted!

El joven esgrime el soplete, apuntando a la cara de Mattern. Este siente el calor y retrocede. El joven pasa a toda velocidad por su lado, lanzado contra la mujer. Esta da un salto para escapar, pero la barriga le entorpece los movimientos y el soplete le deshace el vestido. La blanca y pálida carne queda al aire, con una quemadura de un rojo brillante. Ella se protege el abultado vientre con las manos y cae con un alarido. El chico echa a un lado a Mattern y se dispone a meter el soplete en el costado de la mujer. Mattern trata de sujetarle el brazo. Desvía el soplete, que abrasa el piso. El muchacho, maldiciendo, lo suelta y se tira contra Mattern, golpeándolo frenéticamente con los puños.

—¡Ayúdenme! —grita Mattern—. ¡Socorro!

En el corredor irrumpen docenas de colegiales. Tienen entre siete y ocho años de edad y siguen cantando su himno al salir. Tiran al asaltante de Mattern y, rápida y suavemente, lo cubren con sus cuerpos. Apenas se le ve bajo la masa que lo arrolla y lo pisotea. Más niños salen a docenas ¿el aula y se unen al montón. Se oye el alarido

de una sirena. Resuena la voz amplificada del profesor: «¡La policía está aquí! ¡Todos fuera!»

Han llegado cuatro hombres de uniforme, que examinan la situación. La mujer herida yace gimiendo y frotándose la quemadura. El loco está inconsciente; tiene la cara ensangrentada y un ojo aparentemente destrozado.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta un policía—. ¿Quién es usted?

—Charles Mattern, sociocomputador, planta setecientos noventa y nueve, Shanghai. Este hombre es un flippo. Atacó a su esposa embarazada con un soplete. Intentó atacarme a mí.

Los policías ponen al flippo de pie. El cuelga como un trapo en medio de ellos. El jefe de policía dice, machacando de corrido sus palabras:

—Culpable de atroz asalto a una mujer en edad fértil, y actualmente portadora de vida, con peligrosas tendencias antisociales. En virtud de la autoridad de que estoy investido, pronuncio sentencia de eliminación, a ejecutar inmediatamente. ¡Tirad a ese bastardo por la tolva de la basura, muchachos!

Se llevan al flippo. Vienen médicos a atender a la mujer. Los niños, que se han puesto otra vez a cantar, vuelven a la clase. Nicanor Gortman parece aturdido e impresionado. Mattern le coge del brazo y susurra furioso:

—¡De acuerdo, estas cosas suceden a veces; pero fue una posibilidad en un billón que sucediese donde usted lo viese! ¡No es lo típico! ¡No es lo típico!

Entran en el aula.

El sol se pone. La fachada oeste de la mónada urbana de enfrente aparece vetada de rojo. Nicanor Gortman está sentado cenando tranquilamente con la familia Mattern. Los niños, interrumpiéndose unos a otros, hablan de su día de colegio. Las noticias de la noche aparecen en la pantalla; el I9cutor menciona el lamentable incidente del piso 108: «La madre no ha recibido heridas de consideración —dice—, y el niño que va a nacer no ha sufrido daños». Principessa murmura:

—Dios sea bendito.

Después de la cena, Mattern pide al terminal de datos copia de sus artículos técnicos más recientes y se los da a Gortman para que los lea a sus anchas. Gortman le da las gracias.

—Parece usted cansado —le dice Mattern.

—Ha sido un día muy ajetreado. Y bien aprovechado.

—Sí. Hicimos un buen viaje, ¿eh?

Mattern también está cansado. Han visitado ya cerca de tres docenas de plantas; le ha enseñado a Gortman reuniones municipales, clínicas de fertilidad, servicios religiosos, oficinas. Mañana habrá mucho más que ver. La Mónada Urbana 116 es una compleja y variada comunidad. Y una comunidad feliz —se dice Mattern con firmeza—:

—Tenemos unos cuantos pequeños incidentes de cuando en cuando, pero somos felices.

Los niños, uno a uno, se van a dormir, deseando las buenas noches a mamá, a papá y al visitante con un beso encantador, y corriendo por la habitación, como lindos duendecillos desnudos, a meterse en sus cunas. Las luces bajan automáticamente. Mattern se siente ligeramente deprimido; el desagradable incidente de la planta 108 ha echado a perder un día que por otros conceptos fue excelente. Sin embargo, sigue pensando que ha conseguido que Gortman capte, más allá de los hechos superficiales, la armonía y serenidad innatas del ambiente de la urbmon. Y ahora, va a permitir a su

invitado conocer personalmente una de sus técnicas para minimizar los conflictos personales, que pueden ser tan destructores en una sociedad como la suya. Mattern se levanta.

—Es hora de trasnochar —dice—. Yo me voy. Usted se queda aquí... con Principessa —tiene la sospecha de que al visitante le gustará una cierta intimidad.

Gortman parece violento.

—Adelante —le anima Mattern—. Disfrute. Aquí la gente no se niega la felicidad. A los egoístas los eliminamos a tiempo. Por favor, todo lo mío es suyo. ¿No es así, Principessa?

—Desde luego —contesta ella.

Mattern sale de la habitación, camina rápidamente por el corredor, entra en el conducto de bajada y para en el piso 770. Al salir, oye repentinamente unos gritos enfurecidos y se pone rígido, temiendo verse metido en otro mal asunto, pero nadie aparece. Sigue andando. Pasa por la negra puerta de acceso a una de las tolvas de basura y se estremece ligeramente; de pronto piensa en el chico del soplete, y dónde estará probablemente en este momento. Y entonces, inesperadamente, surge del recuerdo el rostro del hermano que tuvo una vez, y que había caído por aquella misma tolva, el hermano que le llevaba un año, Jeffrey, el quejica, el ladrón; Jeffrey el egoísta, Jef-frey el inadaptable; Jeffrey el que tuvo que ser tirado por el vertedero. Durante un instante, Mattern queda aturdido y mareado, y se agarra al pestillo de una puerta.

La puerta se abre. El entra. Nunca ha trasnochado por esta planta. Cinco niños duermen en sus cunas, y en la plataforma están un hombre y una mujer, más jóvenes que él, dormidos. Mattern se quita la ropa y se tiende a la izquierda de la mujer. Le toca el muslo, y luego el pecho. Ella abre los ojos, y él dice:

—Hola. Charles Mattern, de la setecientos noventa y nueve.

—Gina Burke —dice ella—. Mi marido, Lenny.

Lenny despierta. Ve a Mattern, lo saluda con la cabeza, se da media vuelta y sigue durmiendo. Mattern besa a Gina Burke suavemente en los labios. Ella le abre los brazos. El se estremece un poco de deseo y suspira cuando ella lo recibe. «Bendito sea Dios —piensa—. Ha sido un feliz día de 2381, y ya ha pasado.»

FIN

Tomado de: Nova Uno
Antología de: Harry Harrison